

# La poesía áurea de Jorge Manrique

ANTONIO MENDOZA

**P**or qué publicar a un poeta del rango de Jorge Manrique? Pese a la sencillez de su escritura, es difícil de entender ahora y su lectura exige un grado importante de conocimiento de las versificaciones antiguas. (Se sabe bien que siendo un cortesano, un soldado y político, utilizaba su tiempo de ocio para escribir sus poemas, animado por dos obsesiones, quizá constantes como temas en la época y mundo en que vivió, esto es, el amor y la muerte.)

Sin embargo, la importancia de que una nueva edición se haga pública estriba en que es una necesidad que se retomen de manera seria obras de esta calidad, no solamente por su belleza formal y su decir cadencioso y medido; también para que se comprenda que a la poesía debe llegarse luego de cumplir un aprendizaje con la lectura de los grandes libros ahora denominados clásicos, y después ceñir en forma por demás comparativa las nuevas formas poéticas.

El recurso de examinar las maneras verbales ya establecidas, no es una urgencia sólo respecto a la literatura; ocurre asimismo —con sus respectivos elementos— en la pintura, en la música; es decir, en todas las expresiones del arte. Si no se conocen los antecedentes, es imposible innovar o ganar nuevas y hasta más ricas concreciones artísticas.

Cierto es que parece por demás leer un poeta tan distante de nuestra realidad. Pero esto ocurre por un descuido de editores improvisados que no llegan a entender jamás lo conveniente de revitalizar en forma constante la obra de nuestros poetas de todos los tiempos. El desafío para que la poesía, de por sí un género de difícil acceso, gane lectores inteligentes, es pensar formas editoriales adecuadas que descubran el atractivo, la delicia que la poesía en sus diversos tipos, significa. ¿Por qué no se aprende que este género es un manjar delicado y a la mano de cualquier lector ambicioso?

Recientemente la editorial Aldus publicó la obra completa de Jorge Manrique en un tomo en lo general atractivo. Utilizando un di-

seño adecuado su obra toma un vuelo altísimo y los poemas tratados como piezas ganan una apariencia que no tiene más resultado que incitar a una lectura atenta, deleitosa. Pero no solamente hay un uso geométrico de la tipografía, el tamaño del libro, los medianiles correctamente establecidos, sino que además el editor tuvo la feliz idea de ilustrar el libro con grabados de la época, usando un papel transparente que coloca esas láminas como si se trataran de velos que apenas embozan las delicadas y desnudas estructuras que significan los poemas escritos en octosílabos de pie quebrado. Así, también el color de la camisa parece pensado para recordarnos el oro, tono que prevalece cuando se ensamblan artefactos religiosos; porque de alguna manera eso son los poemas de Manrique.

Por otra parte, estamos en lo cierto si decimos que en poesía se debe buscar la claridad, sin importar su indumentaria. Cuando Manrique nos habla del amor, logra líneas con percepciones verdaderamente dichas:

Yo soy quien libre me vi,  
yo, quien pudiera olvidaros;  
yo soy el que por amaros,  
estoy, desde que os conocí,  
“sin Dios, y sin vos, y mí.”

La crítica afirma que, aunque no hubiera escrito las famosísimas *Coplas* a la muerte de su padre, con su obra anterior estaría en la historia universal de las letras. No obstante, debemos hablar un poco sobre estas célebres *Coplas*.

Evidentemente en las *Coplas*, tema central es el problema de la muerte, pero también tiene cabida una serie de sentencias que bien pueden ser valoradas por las normas de una moral de orden filosófico, es decir, la oposición permanente entre lo temporal y lo eterno: el error del hombre que se afana por ganar bienes para satisfacer los sentidos descuidando los espirituales, lo que hace que el gran poema de Manrique sea una exhortación a la

pasajera criatura humana. El poema total de Manrique, como se recuerda, comienza con una sentencia que encierra inobjetablemente la condición del hombre:

Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte,  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando; [...]

Es por eso que el destino del hombre concebido por el poeta debería ser un prepararse para la otra vida, la eterna, ya que, según él, ése es el fin de esta criatura temporal y frente a tal viaje no valen las preces, aguinaldos, divisas u otras condiciones artificiales en las que el hombre irreflexivo abandona sus afanes y esperanzas.

Leer a Jorge Manrique (1440-1479) significa una aventura, un adentrarse en una poesía que es un continente donde el amor se opone momentáneamente, por su diversidad, a un destino que es igual para todo género de ánimas: la muerte.



Germán Venegas

Se agradece que esta hermosa, puntual edición, carezca de aparato crítico o notas a pie de página. Concordamos con la idea del editor de que hay lectores que quieren arribar a la poesía de Manrique de forma directa y establecer así una lid inmediata con los versos. Las otras, las ediciones anotadas, pueden ser de gran utilidad para los expertos, para los medios académicos; pero existe el lector que desea sólo leer la poesía. ♦

Jorge Manrique: *Coplas a la muerte de Don Rodrigo Manrique, su padre. Poesía completa*, Editorial Aldus, México, 1996. 144 pp.